

YERKO MORETIĆ

J O S E M A R I A A R G U E D A S Y L A
L I T E R A T U R A P E R U A N A
I N D I G E N I S T A

I. ANTECEDENTES.

A L D E S C U B R I R a América para Europa, los españoles encontraron a numerosos pueblos de diferente desarrollo cultural; algunos primitivísimos, como los *onas*, en el extremo sur del continente, y otros muy evolucionados, como los *aztecas*, en México, y los *quechuas*, en Perú.

Los quechuas habían logrado constituir un vasto imperio desde el Ecuador, por el norte, hasta Chile y Argentina, por el sur, imperio conocido como *Incaico*, pues sus monarcas se llamaban *Incas*. Cuando llegaron los españoles, la población ascendía, según los cálculos más prudentes, a unos diez millones. Al término del proceso colonizador, los quechuas no pasaban de un millón: tal magnitud horrorosa alcanzó la carnicería con que se intentó cristianizar a los aborígenes. En la actualidad, los quechuas constituyen el 65% de la población total y el 80% de la campesina.

“Todos los testimonios históricos coinciden en la aserción de que el pueblo incaico —laborioso, disciplinado, panteísta y sencillo— vivía con bienestar material. Las subsistencias abundaban; la población crecía. . . La organización colectivista, regida por los Incas, había enervado en los indios el impulso individual; pero había desarrollado extraordinariamente en ellos, en provecho de este régimen económico, el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber social. Los Incas sacaban toda la utilidad social posible de esta virtud de su pueblo, valorizaban el vasto territorio del Imperio construyendo caminos, canales, etc.”¹.

¹José Carlos Mariátegui: “Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana”, 2ª edición, Lima, 19.

Pese a todos sus adelantos, la civilización quechua no llegó a la escritura², pero produjo una gran cantidad de poemas líricos, leyendas dramatizadas, narraciones y representaciones escénicas, de una mínima parte de lo cual los misioneros hicieron versiones en quechua (latini-zado) y en español.

Los conquistadores no sólo extrajeron fabulosas cantidades de oro y plata del Perú, sino que también esclavizaron a sus habitantes a sangre y fuego y destruyeron cuanto pudieron de su cultura. Los tres siglos del dominio español constituyen una de las empresas más odiosas que en la historia ha impulsado el hombre contra sus semejantes.

Pero más importante que verter aquí lamentaciones morales es subrayar que, en todo caso, el Descubrimiento y Conquista de América entronca con el comienzo de una profunda transformación no sólo del mundo americano, sino también del europeo. Para Europa, por ejemplo, esta transformación contiene, entre otros rasgos fundamentales, el de haber contribuido poderosamente al crecimiento y maduración de los gérmenes capitalistas incubados por el Medioevo en su etapa postrera, proceso que, a su vez, determina cambios sustanciales en la totalidad de las relaciones humanas occidentales.

No obstante, para el hombre del continente descubierto la alteración es en especial tan profunda y completa que se puede hablar de una nueva realidad, tanto étnica como económica, social y cultural. Si "el hombre y sus circunstancias" encarnados y traídos por los españoles no permanecieron intactos en medio de estos territorios, su llegada tampoco permitió que "el hombre y las circunstancias" aborígenes continuaran los mismos rumbos que seguían desde hacía siglos: los españoles absorbieron esa realidad y se fundieron con ella, para bien o para mal y con rectos o torcidos procedimientos, pero del vasallaje y la fusión, del colonialismo y la asimilación, emergió una realidad distinta de cuantas habían existido. Implantaron la encomienda semifeudal y semiesclavista, se mezclaron racialmente con los indígenas hasta hacer del mestizaje una característica predominante, impusieron su lengua, su religión y sus instituciones de toda índole, pero, inevitablemente, en cada uno de sus pasos se contaminaron con los rasgos peculiares del hombre y las costumbres autóctonas.

²Algunos quechuistas no comparten esta opinión: según ellos, los *khipus*, cuerdas anudadas constituían una escritura compleja; pero la mayoría de los historiadores sostienen que tales cuerdas eran procedimientos ele-

mentales de contabilidad. De cualquier modo, para una caracterización de los *khipus* como escritura, véase: Jesús Lara: "La Poesía Quechua", Cochabamba, Bolivia, 1947.

Desde esa confluencia múltiple arrancan las raíces de la actual literatura hispanoamericana, la cual, en su conjunto y hasta hoy, no es española como han señalado algunos críticos al considerar la comunidad del idioma, pero el momento exacto de su autonomía se encuentra disuelto en el secular proceso.

La cuestión ha sido intensamente debatida y no dejan de tener peso los argumentos de quienes niegan "americanismo" a la literatura colonial. Sin embargo, las características absorbentes y totalizadoras que revistió la Conquista permiten afirmar que ya en el primer momento surgió una literatura de *asuntos* hispanoamericanos, escrita por *españoles* que participaron en las campañas colonialistas y, en muchos casos, escrita en los mismos nuevos territorios.

Durante siglos, es cierto, esta literatura emplea una lengua y concepciones en gran medida todavía ajenas a América primitiva, pero desde sus instantes iniciales expresa una nueva realidad, tampoco meramente peninsular. Según su nacionalidad es casi sólo española, casi nada americana, pero esta desequilibrada correlación —de factores europeos y factores americanos— irá cambiando e invirtiéndose gradualmente a lo largo de los siglos, hasta desembocar en una evidente ruptura a fines del siglo XVIII, en varios casos, y durante la primera mitad del siguiente en los casos restantes.

II. LA LITERATURA INICIAL Y LOS INDIOS.

Los primeros españoles que desembocaron en América provenían de un continente en que, como quedó dicho, se operaba una honda revolución económica y cultural. Pero provenían también de un país en que precisamente, por la estructura feudal y el dominio católico-monárquico, las ideas renovadoras habían encontrado los mayores obstáculos. Por último, esos españoles conquistadores provenían, en su mayoría, de los sectores no letrados.

Casi ninguno de ellos padecía de vocación literaria; no obstante, tenían la obligación de informar por escrito acerca de lo que observaban, o sintieron la necesidad de ir escribiendo ya la historia de lo que hacían o veían hacer. De esta doble fuente de motivos nacieron las *crónicas*, y un poco más tarde, los poemas épicos al estilo renacentista.

Las crónicas de la conquista del Perú, sin embargo, eludieron, en gran medida, los hechos mismos de la empresa y se refirieron en especial al Imperio Incaico, a veces objetivamente, las más calumniosamente.

Pedro Cieza de León (1520-1560), *Pedro Sarmiento de Gamboa* (1532-1592) y *Agustín de Zárate* (?), ofrecen una visión infamante de los quechuas, que nada tiene que ver con los resultados de la investigación histórica. En cambio, *Felipe Guamán Poma de Ayala* (¿1526?-1615), intentó mostrar a indios y conquistadores en sus determinaciones más íntimas e inclusive planteó duras críticas contra la Iglesia católica.

Pero el más notable de todos los cronistas del Perú y del continente, fue sin duda alguna el *Inca Garcilaso de la Vega* (1539-1616), y lo fue porque, hijo de princesa quechua y de padre español, pudo, como nadie, alcanzar un elevado grado de representatividad étnica y social que le permitió reflejar en su obra el anudamiento de los dos pueblos, denotando con extraordinaria fuerza y colorido las tendencias profundas que seguía el proceso de integración. En 1609 se publicó la primera parte de los *Comentarios reales*, su obra más importante. Sólo póstumamente, en 1617, se publicó la segunda parte, con el título de *Historia General del Perú*. La primera, narra la historia del Imperio Incaico; la segunda, la de los conquistadores. Comprobado ya que su relato es esencialmente verídico, que no idealizó a sus descendientes indígenas ni deformó reconrosamente los ires y venires de los conquistadores, su obra une, a la propiedad del historiador, la serenidad del humanista y la plenitud lingüística del escritor talentoso.

“Encarna Garcilaso el mestizaje biológico y el mestizaje espiritual, y en cuanto al carácter de su obra de “comentarista”, el equilibrio entre las narraciones preferidas por el hombre singular y la historia del estado colectivo. Hay en la total actitud del Inca una preocupación constante, un fervor permanente por mostrar y demostrar qué es aquello inconfundible que le llega al mestizo de sus antepasados aborígenes, por definir el curso de la formación del primitivo Perú y explicar el significado de sus creencias y prescripciones morales, bañando todo su recuerdo de un marcado acento amoroso y nostálgico. A lo largo de sus jugosos comentarios deja correr leyendas y relatos breves de singular hermosura; ya no se trata de la llana traducción de la lengua española, se trata de una creación original que usa el sentimiento lingüístico del español para expresar el espíritu nativo, fundido ya a la concepción cristiana del hombre europeo, pero esencialmente virgen en cuanto a la fantasía y al recuerdo. Así se forja la prosa espléndida del autor de los *Comentarios Reales*, sencilla, armoniosa, equilibrada. Como si en ella se sellara el futuro destino de la literatura peruana:

hacer del español el instrumento hábil para comunicar las pasiones y esperanzas de un pueblo mestizo"³.

Durante el resto del período colonial no hubo ninguna otra figura que alcanzara la significación de Garcilaso en lo que respecta a su expresividad nacional e indígena.

Sólo a principios del siglo XIX, en plena efervescencia independentista, un poeta culto y revolucionario, *Mariano Melgar* (1791-1815) busca con acierto trasuntar la efectividad indígena a través de la imitación de los "yaraviés" quechuas. Es cierto que mezcla allí la contagiosa emoción de su enamoramiento de adolescente, pero de todos modos, logra transmitir la sencilla e ingenua trama agreste de la poesía tradicional aborígen.

III. EL INDIGENISMO CONTEMPORANEO.

Después de Melgar y durante largos años el tema indio no será sino un superficial venero para el evasivo indianismo fantasioso, donde el indio representa un elemento exótico o pintoresco que sirve para disfrazar problemas e ideas ajenos a él. Es cierto que *Manuel González Prada* (1848-1918), pronunció en 1888 palabras que todavía hoy son enseña para los intelectuales peruanos: "No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Océano y los Andes. La verdadera nación está formada por los millones de indios que habitan diseminados en la vertiente oriental de la cordillera"⁴. Y es cierto también que algunos novelistas del naturalismo, en especial dos mujeres: *Mercedes Cabello de Carbonera* (1849-1909) y *Clorinda Matte de Turner* (1854-1909), expusieron en relatos declamatorios apasionados las depredaciones de que era víctima el pueblo indígena. Pero no es menos cierto que sólo a partir de 1926 el movimiento indigenista entre los intelectuales alcanza mayor precisión en su contenido y ramificaciones, gracias, en especial, a la extraordinaria labor teórica y política de *José Carlos Mariátegui* (1895-1930). Ese año, en efecto, aparece la revista *Amauta* (1926-2930), dirigida por él, y, dos años después, sus célebres *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, donde por vez primera, de manera coherente y científica, se entronca el "problema" indígena con el problema real de la propiedad de la tierra y se señalan

³Alberto Escobar: "La narración en el Perú. Estudio preliminar, antología y notas", pág. xvi, 2ª edición,

1960, Lima, Perú.

⁴Citado por J. C. Mariátegui: "Siete Ensayos...".

tanto las bases de las reivindicaciones económicas y políticas del pueblo peruano como los derroteros culturales de las fuerzas progresistas.

El desarrollo de este movimiento muestra, es verdad, despuntes de extremismo revolucionarista que llegaron a falsear, por pueril exageración, los postulados enunciados por Mariátegui, pero la obra literaria de César Vallejo, de Parra del Riego, de Gamaniel Churata y César Falcón no puede ser mirada sino como una de las expresiones más sinceras y talentosas de un hondo anhelo de integración y reivindicación nacional, anhelo hecho ciencia y fuerza con la incorporación del proletariado en la escena social y política.

El escritor más sugestivo de este grupo, el de mayor influencia hasta el día de hoy, ha sido sin duda alguna el extraordinario poeta *César Vallejo* (1892-1938). Al comentar Mariátegui el primer libro de Vallejo, lo definió con palabras que son válidas para enjuiciar toda la obra del poeta: "Vallejo es el poeta de una estirpe, de una raza. En Vallejo se encuentra, por primera vez en nuestra literatura, sentimiento indígena virginalmente expresado... Hay en Vallejo un americanismo genuino y esencial, no es un americanismo descriptivo o localista. Vallejo no recurre al folklore. La palabra quechua, el giro vernáculo no se injertan artificiosamente en su lenguaje, son en él producto espontáneo, célula propia, elemento orgánico. Se podía decir que Vallejo no elige sus vocablos. Su autoctonismo no es deliberado. Vallejo no se hunde en la tradición, no se interna en la historia para extraer de su oscuro substractum perdidas emociones. Su poesía y su lenguaje emanan de su carne y de su ánima. Su mensaje está en él. El sentimiento indígena obra en su arte quizá sin que él lo sepa ni lo quiera... Uno de los rasgos más netos y claros del indigenismo de Vallejo me parece su frecuente actitud de nostalgia... Tiene la ternura de la evocación... Vallejo es nostálgico, pero no meramente retrospectivo... Su nostalgia es una protesta sentimental o una protesta metafísica. Nostalgia de exilio; nostalgia de ausencia... Vallejo interpreta a la raza en un instante en que todas sus nostalgias, punzadas por un dolor de tres siglos, se exacerban. Pero —y en esto se identifica también un rasgo del alma india—, sus recuerdos están llenos de esa dulzura de maíz tierno que Vallejo gusta melancólicamente cuando nos habla del facundo ofertorio de los choclos'... Vallejo tiene en su poesía el pesimismo del indio. Su hesitación, su pregunta, su inquietud, se resuelven escépticamente en un '¡para qué!'. En este pesimismo se encuentra siempre un fondo de piedad humana. No hay en él nada de satánico ni de morboso. Es el pesimismo de un ánima que sufre y expía 'la pena de los hombres'... Carece este pesimismo de todo origen literario... El pesimismo de Vallejo, como el

pesimismo del indio, no es un concepto, sino un sentimiento... Pero no se confunde nunca con esa neurastenia angustiada que conduce al suicidio a los lunáticos personajes de Andreyev y Arzibachev. Se podría decir que así como no es un concepto, tampoco es una neurosis... Este pesimismo se presenta lleno de ternura y caridad. Y es que no lo engendra un egocentrismo, un narcisismo, desencantados y desesperados, como en casi todos los casos del ciclo romántico. Vallejo siente todo el dolor humano. Su pena no es personal. Su alma 'está triste hasta la muerte' de la tristeza de todos los hombres"⁵.

A partir de 1930, la literatura peruana no se exime de la pertinaz búsqueda que realizan todos los escritores hispanoamericanos para aprehender la relación y dependencia de los personajes con respecto al medio geográfico y al medio social. El indigenismo literario alcanza, dentro de esta corriente general, una mayor perspectiva ambiental y psicológica a la vez. En tal sentido resultan especialmente valiosas las obras de *José Díaz Canseco* (1904-1949), *Fernando Romero* (1905), *Ciro Alegría* (1909) y *José María Arguedas* (1911).

De este último queremos hablar un poco más en particular, pues nos parece que es, al lado de Mariátegui y Vallejo, el más grande escritor peruano del presente siglo y, en lo que respecta al tema de este trabajo, quien ha llevado a la narrativa continental una de las visiones más completas y profundas de los actuales quechuas.

IV. JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

Quizás si algunos datos biográficos contribuyan a explicar la singularidad de este escritor. Nacido en plena serranía, comenzó su aprendizaje de la vida en los pueblos quechuas, conviviendo estrechamente con sus habitantes y compenetrándose de sus conflictos hasta hacerlos propios para el resto de su existencia. Aprendió el idioma quechua primero que el español, lo cual marcará su lenguaje con un sello también definitivo, sello que a él, a veces, lo lleva a pedir disculpas —modestia sin par— por las deficiencias posibles de su castellano.

Tales deficiencias no existen, pero, sí, es indudable que el español de Arguedas ofrece extrañas resonancias tanto en su sintaxis como en su léxico, resonancias que han de mirarse como frutos naturales de la presión psicológica que en el autor ejercen los matices netamente indígenas con que aprendió al juzgar a los seres, las cosas, las instituciones.

Como antes Vallejo, si Arguedas inserta palabras, dichos y hasta

⁵J. C. Mariátegui, ob. cit.

canciones quechuas en sus narraciones, no lo hace por pintoresquismo folklórico, sino como una espontánea manera de comunicar algo que resulta para él inexpresable en una lengua ajena. Por supuesto, no es esta sustitución lo esencial del indigenismo lingüístico de Arguedas. Lo esencial, a nuestro juicio, reside en que el idioma castellano mismo oferta, en la pluma de este novelista, una particular gama afectiva de características muy quechuas.

Uno de esos sentimientos predominantes es, también, en él, la nostalgia, pero una nostalgia abierta hacia dos pasados: el relativamente cercano de la niñez y la adolescencia, y el más remoto del florecimiento quechua precolombiano, cuando la tierra, el aire, el sol y el agua eran de los indios y éstos no conocían a los explotadores, ni sabían del látigo y la miseria subsecuentes. Pues Arguedas, aunque hijo de blanco, parece haber poseído desde pequeño una afinada receptividad para comprender a los quechuas y para adquirir de ellos su soterrada pero alerta emocionalidad.

Esta capacidad emocional ha contribuido probablemente a que Arguedas haya podido acumular, como un tesoro inmenso, el caudal de vivencias infantiles de las pequeñas aldeas indígenas, y que, llegado a la edad de las realizaciones, las haya estado vertiendo con desusada sinceridad en relatos vigorosamente afectivos.

Arguedas transmite también la melancolía de los indios y su sentido pesimista de la existencia, pero él mismo no es pesimista, o no lo es hasta llegar a la desesperanza total. Se rebela sin cesar contra cualquier maldad o injusticia y en cada una de sus frases palpita siempre un poderoso anhelo de rehabilitación social de su pueblo.

Sin embargo, Arguedas no se siente por ello un héroe: casi todo cuanto ha escrito constituye una recreación de sus experiencias personales, pero parte de ellas no para ensalzarse sino para convertirlas en delicado y vibrador prisma con que el lector puede adentrarse en el alma indígena. Este prisma está impregnado, también como en Vallejo, de ternura y piedad, de ira y amor, de generosa entrega y de impaciente exigencia.

Todos estos sentimientos, es claro, pueden expresarse en español, y así lo ha hecho Arguedas, pero su lenguaje cobra, repetimos, tonalidades especiales en que se puede percibir mucho de la afectividad de los quechuas. El constante uso del diminutivo, de una sintaxis con abundantes elipsis e hipérbaton insólitos, típicos del idioma quechua (no forzados ni complejos), va depositando en el lector imágenes de un raro sabor.

⁹Alberto Escobar, ob. cit.

Los estudios secundarios llevaron a Arguedas a las ciudades costeñas y los universitarios, a Lima. Este alejamiento de los escenarios incaicos le da una nueva perspectiva y, además, le permite confrontar las fuerzas y debilidades del movimiento indigenista. Colabora en algunas revistas y, a los 24 años, publica su primer libro: *Agua* (1935).

Tres cuentos integran esta primera edición, todos relatados en forma autobiográfica por un niño que, a pesar de no ser indio, vive entre los quechuas, habla su lengua y se siente uno de ellos, inclusive este niño parece padecer con mayor intensidad que los propios indígenas los vejámenes, la explotación y el egoísmo que sobre aquellos ejercen los latifundistas.

Por ejemplo, en el cuento inicial, un terrateniente, fuera de escatimar el agua a los comuneros de los alrededores, convierte el monopolio que de ella detenta en instrumento de escarnio y crueldades. Los indios intengan fugaz y débilmente rebelarse, pero el déspota los reprime sanguinariamente. Es entonces, en el momento en que todos los indios lugareños están ya anonadados, cuando este niño arroja al bribón una piedra vengadora y, con la piedra, las justicieras palabras hirientes. Perseguido a balazos, huye de la aldea:

“Solito, en ese morro seco, esa tarde, lloré por los comuneros, por sus chacritas quemadas con el sol, por sus animalitos hambrientos. Las lágrimas taparon mis ojos; el cielo limpio, la pampa, los cerros azulejos, temblaban; el Inti, más grande, más grande... quemaba al mundo. Me caí, y como en la iglesia, arrodillado sobre las yerbas secas, mirando al tayta Chitulla, le rogué:

“—Tayta: ¡que se mueran los principales de todas partes!

“Y corrí después, cuesta abajo, a entromparme con los comuneros propietarios de Utek'pampa”.

Este es un breve trozo cualquiera de un cuento, pero puede resultar representativo si se examina la expresión del desollado sufrimiento moral del niño a través del llanto, de la mención de las cosas queridas con diminutivos, de las omisiones sintácticas, de los quechuismos (*Inti*: sol; *tayta*: padre, etc.).

Los otros dos relatos presentan asimismo dolidas reacciones rebeldes del niño, pero reacciones siempre coronadas por un amargo fracaso individual. Porque lo fundamental para Arguedas, como se dijo, no es exaltar la herida temeridad de su pequeño protagonista, sino anotar de él una sensibilidad desgarrada por las crueldades presenciadas y, a través de esa sensibilidad, destacar cómo viven, se alegran y lloran, luchan y mueren aquellos campesinos que antes tuvieron un imperio y hoy sobreviven dificultosamente en medio de su pobreza. De igual

modo, el escenario reviste para el escritor un significado especial, pues cada cerro (*tayta Chitulla*), cada árbol, arroyo o piedra parece estar contaminado por la atmósfera semirreligiosa y semiartística de estos indios bailarines, cantadores y bebedores.

En la segunda edición de *Agua* (1961), Arguedas agregó cuatro cuentos que son otras tantas historias bellas de hombres y animales. Aunque abandona el procedimiento autobiográfico, en los hechos sigue siendo el propio Arguedas quien recuerda emocionadamente su niñez y el sentido conocimiento que entonces obtuvo de la vida indígena.

Y será Arguedas nuevamente quien, con diversos procedimientos, narrará también en los libros posteriores experiencias decisivas de su infancia y juventud: *Yawar Fiesta* (1941); *Diamantes y Pedernales* (1954); *Los ríos profundos* (1959) y *El sexto* (1961).

Es cierto que quizás represente la novela *Yawar Fiesta* (2ª ed. en 1948) el esfuerzo más metódicamente elaborado del autor por "realizar" una obra literaria, no porque en ella haya algo de artificial —nada de eso—, sino porque la despersonalización es más evidente, más claro el intento de objetivar una situación típica en la que confluyen diversos procesos sociales, centrados de nuevo, sí, en la vida y costumbres de las aldeas quechuas. El fruto es, como lo ha señalado la crítica americana, una novela magistral, ricamente ilustrativa y plena de matices de psicología indígena colectiva.

En *Los ríos profundos* —"el suceso más notable de la narrativa peruana en los últimos años", dice un crítico de ese país—, el lector recibe, en cambio, la impresión de encontrarse no tanto ante un esfuerzo novelístico consciente como más bien ante un intenso esfuerzo emocional por recordar en sus detalles más plenos los primeros años adolescentes de un estudiante vinculado a los quechuas. Tal es la fuerza contagiosa del relato, tan entrañable revela ser su origen, que crea en el lector la ilusión de una larga confidencia susurrada, llorada, cantada, reída, acerca de contingencias vitales inolvidadas, confidencia desprovista al parecer de intención imaginativa, pero poderosamente recreadora. Inclusive los primeros capítulos sugieren un desarrollo muy diferente del que pronto se convertirá en la vertebración efectiva de la novela. Como si el escritor hubiera querido al principio hablar sólo de su padre, "abogado pobre", empieza a contar tristemente sus andanzas por las aldeas quechuas en busca de pleitos, el muchacho a su lado. Y cuando este padre encuentra al fin un cliente, se ve obligado a separarse de su hijo, dejándolo en un colegio provincial de curas. Allí comienza la novela propiamente tal,

Su protagonista quinceañero, como antes los de *Agua*, está inmerso en su pueblo y posee una capacidad sensitiva a flor de piel para vibrar con todas las manifestaciones del paisaje y los hombres quechuas, con la intención de los cantos y las leyendas, con las modulaciones de la lengua, con el alma melancólica y bravía de los vilipendiados indígenas.

Arguedas sólo se limita a narrar. En apariencia no tiene interés en explicar nada, ni en volverse contra nadie. Sólo narrar. Pero, al hacerlo, al hacer actuar y hablar a esos seres, niños y hombres, va configurando página tras página una percepción múltiple y profunda de las raíces del pueblo peruano, de sus penas y alegrías, de su lucha cotidiana.

El novelista no pretende convertir a su juvenil personaje en héroe ni en perspicaz avizor de los conflictos sociales. Inclusive éste es en mucho todavía un niño que no deja de unir febrilmente en su imaginación cuanto tienen de misterioso las supersticiones indígenas con el esoterismo de las prácticas cristianas. Más aún: ni siquiera puede liberarse totalmente del influjo de esta última religión y de sus sacerdotes. Sin embargo, lo domina siempre un fuerte y determinante sentido de la dignidad, proyectado a cada instante hacia la suerte de su gente: todo abuso lo hiere y lo impulsa de inmediato a entregarse sin reservas a la rebeldía, pasando por encima, si es necesario, de las propias prescripciones clericales.

Tomadas en cuenta las características subjetivas predominantes en *Agua* y *Los ríos profundos*, se comprende de inmediato que su protagonista es también protagonista de *El sexto*, novela sensacional cuya segunda edición acaba de publicarse en Lima. Es el mismo protagonista, aunque, sí, más maduro y en otro ambiente y otras circunstancias: no ya en la aldea ni en el internado provinciano, sino en la capital, en Lima, partícipe de la lucha civil contra la dictadura, víctima de la represión policial, metido en una cárcel, flanqueado aquí por comunistas y apristas, buscando definirse entre ambas fuerzas...

Asimismo, el lector comprende desde las primeras páginas que este egocentrismo nada tiene que ver con la egolatría. Todo lo contrario: al acendrar Arguedas los elementos de su individualidad, lo hace a través de una incesante recepción y proyección social, proceso dialéctico que resulta extraordinariamente definidor y profundo. A la vez, cuando busca mostrar y definir las constantes sociales de sus personajes, no puede impedir la revelación de su propia e inagotable generosidad, de su amor, de su comprensión.

En cuanto a los hechos mismos narrados, *El sexto* representa una

elocuente demostración de cómo el realismo posee un campo infinito de acción. Parecerá una novela naturalista a ratos, pues no elude la descripción de lo más repugnante que puede darse en sitios particularmente repugnantes: las mazmorras donde yacen las escorias de una sociedad parcialmente putrefacta. Pero, de cada una de estas páginas —alucinantes muchas—, surge siempre un ilimitado respeto por el ser humano, confianza en su porvenir, amor al pueblo y la decisión irrevocable de no cejar ya en el combate contra los males que lo abruma.

Así, *El sexto* constituye uno de los documentos literarios más desgarradores en la exposición, más violentos en la denuncia y más vibrantes en su conmovedora esperanza que jamás se hayan publicado en el continente y, quizás, en la literatura universal contemporánea. Si la exposición no es velada, la denuncia tampoco está oscurecida por vacilaciones: el régimen mercantil, la rémora feudal y la opresión imperialista son, en último término, los culpables fundamentales de un modo de vida ignominioso e intolerable. De igual manera, la conclusión no ofrece dudas: a pesar de todo, el pueblo conserva intactas sus reservas de dignidad, de espíritu combativo y de sentido solidario. Aun las dolorosas confusiones introducidas por el aprismo en la conciencia popular han estado siendo aventadas, paulatinamente, por la dura práctica de todos los días. La propia actitud sectaria de muchos comunistas va dejando lugar, a su vez, a una comprensión más honda y cálida de las exactas características que revisten los procesos derivados de las relaciones sociales. Sin cesar, el hombre pierde y recupera humanidad: muchos quedan destruidos, pero el pueblo en su conjunto va fortaleciendo, en medio de todas las derrotas parciales, su conciencia y sus posibilidades de triunfo.



Arguedas es un escritor en plena actividad productiva. A pesar de la importancia que ya tiene su obra, no ahorra energías para seguir buscando las mejores y diversas formas que expresen la preciosa substanciación lograda con su pueblo. Voz auténtica de las aldehyelas quechuas, lo es también del pueblo peruano y de toda la América morena. Y los acentos primitivos de su canto no disuenan en el coro universal de los hombres que cantan al mañana. Desde las lejanas y elevadas mesetas incaicas, desde el Apurímac, desde Abancay, proviene este aporte de Arguedas, uno de los más originales y emotivos de la literatura hispanoamericana contemporánea.